



(Curico, 23 de agosto de 1927 – Santiago, 22 de junio de 2007)

DESPIDIENDO AL CHILENO

CLAUDIO GIACONI

ESCRITOR DE CULTO DE LA GENERACIÓN DEL 50

El viernes pasado, en el Hospital del Salvador, tras una compleja operación a la pierna, murió Claudio Giacconi, escritor culto y de culto, de pocos libros y personalidad hilarante, compañero de generación de Alberto Rubio, Enrique Lihn, Alejandro Jodorowski y Jorge Edwards. Autoapodado “el hombre invisible”, Giacconi causó revuelo en 1954 con su libro de cuentos “La difícil juventud” (1954), celebrado como un refresco vitalizante para la narrativa nacional. Después de un largo periplo por EE.UU y el orbe, en 1990 regresó definitivamente a Chile, donde, en sus palabras, “sobrevivió al ninguneo y la tuberculosis” como mejor pudo, manteniendo siempre su macizo sentido del humor. Tras su abrupta muerte, cinco escritores chilenos le rinden un homenaje final.

MURIÓ CLAUDIO GIACONI, MURIÓ LA DIFÍCIL JUVENTUD

Se nos fue Claudio Giacconi, nos lleva la delantera. Un tipazo, un ser que supo hacerle el quite a las bondades del sistema y a los patricios de la oligarquía, se nos avisa de su defunción en un invierno crudo, la noticia abrumadora nos sobrecoge, inmediatamente caemos en la cuenta, somos deudos literarios de un ser querido. Tuve el privilegio de tratarlo, con Giacconi pude conversar largo y tendido de los cuentistas rusos, los conocía como la palma de su mano, él era fiel a Gogol y yo era proclive a Turgueniev. No lo conocí joven, se ganó la vida y las diversiones mundanas en varias temporadas de Nueva York. Acá lo vimos transitar en la calle Lastarria, callado el loro, sin mayores estridencias. Con el amigo en senectud, compartí el vino criollo y algún copete. No fui su íntimo, lo escudriñaba, lo calibraba, lo estimaba, por

facha uno se daba cuenta que no era nativo de Chile, era europeo, quizá extranjero. Fue un hombre pintoso, educado, magistral, bueno para fumar. Se lo lleva la muerte a otras bellas letras, seguirá ironizando, frunciendo el ceño, su risa era fresca, últimamente deambulaba en el gran Santiago. En esta hora postrera evoco una anécdota muy bonita. Estando con Claudio en el Tavelli de Providencia tomándonos un capuccino, al mediodía, ensismado de repente me dice: “Bruno, a ti que eres católico observante te confieso: no he podido leer los Testamentos por timidez...”. Quedé perplejo, no atiné a decirle ni a replicarle nada, me había pillado por sorpresa con ese comentario de sacramento. Se produjo un silencio conmovedor, interrumpido por el garzón presto que nos traía la adición. Seguramente, en la

postrimería San Agustín podrá reconvenir a Giacconi con afecto, estoy claro: Claudio leerá la Biblia con extremo ahinco. No elevemos el grito al cielo. Despidamos a Giacconi sabiendo que fue ilustre y magnífico, afirmemos que fue un santo varón, como corresponde mistificarlo, entender por intuición que se fue tranquilo a la otra morada. Supo ganarle el quién vive a los designios funestos, rindamos tributo a nuestro difunto imperecedero, siempre nítido en las cenizas de los fértiles, démonos por enterados: ha fallecido la difícil juventud, pongámonos el brazalete de la melancolía y el duelo. Hagamos el brindis por el que se sabía lúcido en las tinieblas. Claudio Giacconi usted yace. ¡Salud!

BRUNO VIDAL, poeta.